

COMPILACIÓN DE TEXTOS PARA PRÁCTICAS DEL LENGUAJE – INGRESO 2019

El Día de la Responsabilidad Social se celebra con un festival único

En el Hipódromo de Palermo se conmemora el "Festival Socialmente Responsable" en virtud a la efeméride del 23 de abril. Presenta una amplia propuesta de entretenimientos para la familia. Lo recaudado será donado a fundaciones educativas de la Patagonia.

"Ser socialmente responsable" tiene su mes y su día. **Cada 23 de abril se celebra, desde 2009, el Día de la Responsabilidad en Argentina**, en homenaje a la misma jornada en la que el país se adhirió a los principios del Pacto Mundial de Naciones Unidas. En este marco de conmemoración se desarrollará la **edición 2017 del Festival Socialmente Responsable**, con la consigna de plantear una propuesta superadora de participación ciudadana y multiactoral en el apoyo y acompañamiento del desarrollo comunitario.

De 12 a 20 horas y con entrada libre y gratuita, se montará un macro evento en el Hipódromo de Palermo de Buenos Aires que aspira expandir el espectro y profundizar un comportamiento social empresarial más comprometido con el desarrollo sostenible de las ciudades. Rotary, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Subterráneos de Buenos Aires, SUBTV, Appyce, Hapsa, Grupo Vía, Legislatura de la Ciudad y la Subsecretaría de Responsabilidad Social para el Desarrollo Sostenible del Ministerio de Desarrollo Social de Nación coordinaron la organización de un festival benéfico.

Fundación Cruzada Patagónica y Fundación Ruta 40, dos ONG que trabajan con la educación como fuente del desarrollo integral de la población rural patagónica, recibirán un bono de contribución voluntario que ayudará a solventar sus proyectos educativos. De todo lo recaudado Rotary se comprometió a duplicar el monto total en procura de que el impacto social y cultural de sus acciones solidarias sea aún mayor.

"Estamos sumamente agradecidos por la oportunidad que nos otorgaron al seleccionarnos como beneficiarios del evento Socialmente Responsable. Además de un orgullo, es una gran oportunidad para difundir el trabajo que realizamos en las escuelas rurales y para generar conciencia en la sociedad", agradeció la Fundación Ruta 40. Fundación Cruzada Patagónica también expresó su gratitud con la convocatoria y celebró la confirmación de que el sector público y el sector social puedan trabajar en alianza. "Es una oportunidad única de visibilidad de nuestro trabajo, invitando a la sociedad en su conjunto a ser parte de nuestro proyecto donde trabajamos todos los días desde hace 38 años con la convicción de que la educación es un pilar fundamental para romper el círculo de la pobreza promoviendo el desarrollo local", agregaron desde la organización.

El encuentro presentará una amplia propuesta de entretenimientos para la familia con espectáculos, música en vivo, FoodTrucks, la presencia además de "Gallito Ciego Móvil" y "Morfables 21", una feria de "Emprendedores de Nuestra Tierra", murales participativos, muestras educativas y de concientización de huertas y energía renovable, shows de globos aerostáticos -dependerá de las condiciones climáticas- y la participación especial del grupo musical "Los Bonnitos".

FUENTE: <http://www.infobae.com/economia/rse/2017/04/22/el-dia-de-la-responsabilidad-social-empresarial-se-celebra-con-un-festival-unico/>

El globo aerostático y la conquista de los cielos

El antiguo sueño humano de viajar por el aire se hizo realidad en 1783, gracias a los globos de aire caliente y de hidrógeno inventados por los hermanos Montgolfier y por Charles y Robert.

El lunes 1 de diciembre de 1783 se congregó en torno al **jardín de las Tullerías** una de las mayores aglomeraciones humanas de la historia de París; según algunas fuentes, la multitud allí reunida llegó a 400.000 personas. **Todas querían asistir a un espectáculo que nadie habría imaginado pocos años antes: el de dos hombres que se disponían a elevarse hasta los cielos a bordo de un enorme globo de aire.** Desde hacía días, en la ciudad no se hablaba de otra cosa y la prensa se había hecho amplio eco del acontecimiento. Los espectadores ocupaban los muelles y los puentes, las ventanas y los tejados de las casas, los campos y hasta las poblaciones aledañas. **La simple vista del globo antes de su despegue causaba asombro.** De color rosa y amarillo, medía más de nueve metros de altura y estaba envuelto completamente por una red de malla cuadrada. En el extremo inferior se había colocado una barquilla de mimbre donde irían los «*pilotos*»: el **profesor Jacques Charles** y su ayudante **Nicolas-Louis Robert**.

Uno de los testigos del evento fue el político estadounidense **Benjamin Franklin**, el inventor del pararrayos, que se hallaba en París como embajador de Estados Unidos. Franklin se encontraba un poco indispuerto y prefirió seguir el experimento desde el interior de su carruaje, apostado junto a una estatua de Luis XV. Según escribió en una carta a un amigo: «*Entre la una y las dos de la tarde la gente miraba satisfecha al ver elevarse el globo entre los árboles y ascender gradualmente por encima de los edificios, un espectáculo de lo más maravilloso. Cuando los valientes aventureros alcanzaron unos 60 metros de altura extendieron los brazos y agitaron sendos banderines blancos a ambos lados para saludar a los espectadores, que respondieron con fuertes aplausos. El objeto se movió en dirección norte, pero como soplabla muy poco viento, continuó a la vista durante un*

buen rato; y transcurrió mucho tiempo hasta que los asombrados espectadores se comenzaron a dispersar».

La ascensión de Charles y Robert culminaba lo que fue un año mágico en la pugna del hombre por conquistar el aire. El primer «*navegador aerostático*», como se empezó a llamar a los globos, fue invención de los hermanos **Joseph y Étienne Montgolfier**, los inquietos hijos de un rico fabricante de papel de **Annonay**, una localidad al sur de **Lyon**.

Una carrera tecnológica

Los hermanos no tenían formación científica, pero conocían las recientes teorías sobre las propiedades del aire, formuladas por químicos como Cavendish, Priestley y Lavoisier, y realizaron varios experimentos con globos de papel para demostrar que el aire caliente es más liviano que el atmosférico. El 4 de junio de 1783, en la plaza mayor de Annonay, en presencia de la nobleza local y de una gran multitud, encendieron una hoguera alimentada con paja y lana húmeda debajo de un gran globo de tela y papel, provisto de una abertura. Ocho hombres sujetaban el globo mientras se hinchaba, y cuando soltaron las amarras éste ascendió vigorosamente entre los aplausos de los espectadores hasta perderse casi de vista. El aerostato, sin tripulación, recorrió alrededor de dos kilómetros y descendió al enfriarse el aire en su interior.

La noticia sobre el experimento de los Montgolfier se difundió enseguida por **Francia** y por todo el continente europeo. **Incitados por ella, Jacques Charles y los hermanos Robert elaboraron un modelo diferente de globo, lleno no de simple aire caliente, sino de un tipo de gas descubierto pocos años antes, el hidrógeno.** El 27 de agosto, ante miles de asistentes, lanzaron un globo no tripulado en el **Campo de Marte de París**. El globo recorrió unos 20 kilómetros y aterrizó unos 45 minutos después en **Gonesse**, donde un grupo de campesinos, aterrorizados ante el monstruo que había caído de los cielos, lo recibieron a pedradas y lo destrozaron con sus horcas y cuchillos.

Lógicamente, el siguiente paso en esta «*carrera espacial*» –aderezada por la rivalidad entre los Montgolfières de aire caliente y los Charlières de hidrógeno, cada uno con sus partidarios– debía ser el de un vuelo tripulado por un humano. **Pero primero había que cerciorarse de que un ser vivo podía sobrevivir en las alturas.** El 19 de septiembre, Étienne Montgolfier, ante el **palacio de Versalles y en presencia de Luis XVI y María Antonieta**, soltó un magnífico globo, de color azul y con ornamentos dorados, cargado con una jaula de mimbre en cuyo interior viajaban una oveja y unas aves. **Tras elevarse unos 500 metros de altura, el aerostato descendió suavemente en el bosque de Vaucresson y los animales resultaron ilesos.** La valiente oveja regresó al corral, donde recibió un trato de favor durante el resto de su vida.

Hombres voladores

Por fin, el 21 de noviembre, el científico **Pilâtre de Rozier y el marqués de Arlandes se convirtieron en los primeros aeronautas de la historia.** Ambos iban en una galería que rodeaba el cuello del globo, un Montgolfier, desde la que alimentaban con paja el brasero que ardía en el centro del aerostato. **La majestuosa cúpula azul y dorada se elevó desde un jardín al oeste de París y sobrevoló la ciudad durante unos 25 minutos. La aeronave describió una serie de lentos descensos en picado y se acercó peligrosamente a los tejados de algunas casas.** Muchos testigos dijeron más tarde que podían oír a los dos hombres gritarse emocionadamente el uno al otro cuando pasaban por encima de sus cabezas. El globo recorrió unos nueve kilómetros y aterrizó al sur de París, donde los aeronautas fueron aclamados como héroes.

Apenas diez días después, cientos de miles de personas asistían en París al ascenso del globo de **Jacques Charles y Nicolas-Louis Robert, que puede ser considerado como el primer vuelo realmente tripulado;** mientras el globo de aire de los Montgolfier, de enormes dimensiones, resultaba prácticamente incontrolable, Charles y Robert aplicaron un sistema de regulación de la altitud mediante bolsas de arena a modo de lastre que iban lanzando por la borda. Jacques Charles dejó un relato de su experiencia: «*Nada podrá igualar aquel momento de hilaridad total que me invadió el cuerpo en el momento de despegar. Me sentí como si estuviera volando lejos de la Tierra y de todos sus problemas para siempre. No fue simple deleite. Fue una especie de éxtasis físico*». Su compañero Robert le susurró mientras volaban: «*He terminado con la Tierra. Desde ahora, para mí sólo existe el cielo. Una calma tan total. Tal inmensidad...*». Recorrieron unos 43 kilómetros y tomaron tierra en **Nesles-la-Vallée**, al norte de París, en unas tierras de labranza. Robert descendió de la canasta, pero el intrépido Charles se elevó de nuevo en solitario hasta alcanzar los 3.000 metros de altura, desde donde pudo contemplar la puesta de sol por segunda vez en un mismo día, en medio de un intenso frío y en abrumadora soledad.

Una moda europea

La «*globomanía*» se desencadenó por toda Francia. La imagen de los aerostatos y los pilotos aparecía hasta en las vajillas. En París se vendían globos a escala reducida, con el gas incluido, para aquellos que quisieran realizar sus propios experimentos. Los demás países se contagiaron de la fiebre. **En el mes de junio, la población madrileña de Aranjuez fue el escenario de la primera experiencia con un globo tripulado en España, a cargo del artista francés Charles Bouche, que casi acabó en tragedia al incendiarse la envoltura del globo.** Siguieron Escocia, Inglaterra, Italia... Hasta finales de 1784 se hicieron 181 ascensos tripulados en toda Europa. Luego, la moda de los globos decayó, a causa de los accidentes mortales que empezaron a producirse, pero, sobre todo, por su dudosa utilidad práctica.

FUENTE: http://www.nationalgeographic.com.es/historia/grandes-reportajes/el-globo-aerostatico-y-la-conquista-de-los-cielos_7848

La muerte, de Enrique Anderson Imbert

La automovilista (negro el vestido, negro el pelo, negros los ojos pero con la cara tan pálida que a pesar del mediodía parecía que en su tez se hubiese detenido un relámpago) vio en el camino a una muchacha que hacía señas para que parara. Paró.

-¿Me llevas? Hasta el pueblo no más -dijo la muchacha.

-Sube -dijo la automovilista. Y el auto arrancó a toda velocidad por el camino que bordeaba la montaña.

-Muchas gracias -dijo la muchacha con un gracioso mohín- pero ¿no tienes miedo de levantar por el camino a personas desconocidas? Podrían hacerte daño. ¡Esto está tan desierto!

-No, no tengo miedo.

-¿Y si levantaras a alguien que te atraca?

-No tengo miedo.

-¿Y si te matan?

-No tengo miedo.

-¿No? Permíteme presentarme -dijo entonces la muchacha, que tenía los ojos grandes, límpidos, imaginativos y enseguida, conteniendo la risa, fingió una voz cavernosa-. Soy la Muerte, la M-u-e-r-t-e.

La automovilista sonrió misteriosamente.

En la próxima curva el auto se desbarrancó. La muchacha quedó muerta entre las piedras. La automovilista siguió a pie y al llegar a un cactus desapareció.

FIN

FUENTE: www.pioix.edu.ar

El árbol de la plata, de autor anónimo

Pedro Urdemales había engañado a un viajero vendiéndole, por quinientos pesos, un viejo sombrero, como si fuera mágico. La mitad de los billetes que obtuvo los gastó en provisiones para el camino y, el resto, los cambió por una gran cantidad de monedas relucientes, recién acuñadas.

Con un clavo y bastante paciencia, hizo un agujerito en cada una, les pasó una hebra de hilo y las fue colgando de las ramas de un árbol, como si fueran frutos dorados que brillaban al sol.

Un caballero que venía por un camino cercano vio desde lejos el árbol resplandeciente y, metiéndole espuelas al caballo, se acercó velozmente para ver de qué se trataba. Al llegar al pie de la copa, se quedó maravillado, porque nunca había visto árboles que dieran monedas.

Pedro Urdemales estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el tronco. Al verlo, el caballero le preguntó:

-Dígame, compadre, ¿qué árbol es este?

-Este arbolito -le contestó Pedro- es el árbol de la plata.

-¿El árbol de la plata? ¡Jamás había visto uno ni oído hablar de él! -se asombró el viajero.

-Pues es muy raro. Mi padre me lo dejó de herencia -mintió Pedro.

-Amigo, véndame un gajito para plantarlo. Le daré cien pesos por él.

-Mire, patroncito -le dijo Urdemales- no quiero engañarlo, porque este arbolito no brota de gajo.

-Véndame, entonces, el árbol entero. Le pagaré mil pesos por él.

-Pero, hombre, no me engañe usted a mí -se indignó Pedro-. ¿Cómo cree que por mil pesos le voy a vender mi árbol, que en un mes produce más que eso?

Entonces el caballero le dijo:

-Puedo darle hasta cinco mil pesos por él.

-No insista, patroncito. ¿Se imagina usted que por cinco mil pesos voy a venderle este prodigio de la naturaleza? No, señor. Si por la urgencia de pagar mis deudas y no poder esperar al arbolito tuviera que venderlo, no lo dejaría en menos de diez mil pesos. Sí, señor, en diez mil pesos, ni un centavo menos, y esto por ser usted...

El caballero no lo pensó dos veces y entregó a Pedro los diez mil pesos. Con el dinero en la mano, Urdemales se levantó y haciendo aspavientos se despidió del árbol.

-Te dejo en buenas manos -fue lo último que dijo antes de marcharse.

Cuando se quedó solo, el viajero recolectó las monedas del árbol, las colocó en las alforjas de su caballo y se sentó contra el tronco, como antes lo hiciera Pedro, dispuesto a esperar que brotara su fortuna.

Cuento tradicional.

FUENTE: www.pioix.edu.ar

La gama ciega, de Horacio Quiroga

Había una vez un venado –una gama-, que tuvo dos hijos mellizos, cosa rara entre los venados. Un gato montés se comió a uno de ellos, y quedó sólo la hembra. Las otras gamas, que la querían mucho, le hacían siempre cosquillas en los costados.

Su madre le hacía repetir todas las mañanas, al rayar el día, la oración de los venados. Y dice así:

I

Hay que oler bien primero las hojas antes de comerlas, porque algunas son venenosas.

II

Hay que mirar bien el río y quedarse quieta antes de bajar a beber, para estar seguro de que no hay yacarés.

III

Cada media hora hay que levantar bien alto la cabeza y oler el viento, para sentir el olor del tigre.

IV

Cuando se come pasto del suelo, hay que mirar siempre antes los yuyos para ver si hay víboras.

Este es el padrenuestro de los venados chicos. Cuando la gamita lo hubo aprendido bien, su madre la dejó andar sola.

Una tarde, sin embargo, mientras la gamita recorría el monte comiendo las hojitas tiernas, vio de pronto ante ella, en el hueco de un árbol que estaba podrido, muchas bolitas juntas que colgaban. Tenía un color oscuro, como el de las pizarras.

¿Qué sería? Ella tenía también un poco de miedo, pero como era muy traviesa, dio un cabezazo a aquellas cosas, y disparó.

Vio entonces que las bolitas se habían rajado, y que caían gotas. Habían salido también muchas mosquitas rubias de cintura muy fina, que caminaban apuradas por encima.

La gama se acercó, y las mosquitas no la picaron. Despacito, entonces, muy despacito, probó una gota con la punta de la lengua, y se relamió con gran placer: aquellas gotas eran miel, y miel riquísima, porque las bolas de color pizarra eran una colmena de abejas que no picaban porque no tenían aguijón. Hay abejas así.

En dos minutos la gamita se tomó toda la miel, y loca de contenta fue a contarle a su mamá. Pero la mamá la reprendió seriamente.

-Ten mucho cuidado, mi hija-le dijo-, con los nidos de abejas. La miel es una cosa muy rica, pero es muy peligroso ir a sacarla. Nunca te metas con los nidos que veas.

La gamita gritó contenta:

-¡Pero si no me pican, mamá! Los tábanos y las uras sí pican, las abejas, NO.

-Estas equivocada, mi hija-continuó la madre-. Hoy has tenido suerte, nada más. Hay abejas y avispa muy malas. Cuidado, mi hija; porque me vas a dar un gran disgusto.

-¡Sí, mamá! ¡Sí, mamá!-respondió la gamita. Pero lo primero que hizo a la mañana siguiente, fue seguir los senderos que habían abierto los hombres en el monte, para ver con más facilidad los nidos de abejas.

Hasta que al fin halló uno. Esta vez el nido tenía abejas oscuras, con una fajita amarilla en la cintura, que caminaban por encima del nido. El nido también era distinto; pero la gamita pensó que, puesto que estas abejas eran más grandes, la miel debía ser más rica.

Se acordó asimismo de la recomendación de su mamá; mas creyó que su mamá exageraba, como exageran siempre las madres de las gamitas. Entonces le dio un gran cabezazo al nido.

¡Ojalá nunca lo hubiera hecho! Salieron en seguida cientos de avispa, miles de avispa que la picaron en todo el cuerpo, le llenaron todo el cuerpo de picaduras, en la cabeza, en la barriga, en la cola; y lo que es mucho peor, en los mismos ojos. La picaron más de diez en los ojos.

La gamita, loca de dolor, corrió y corrió gritando, hasta que de repente tuvo que pararse porque no veía más: estaba ciega, ciega del todo.

Los ojos se le habían hinchado enormemente, y no veía más. Se quedó quieta entonces, temblando de dolor y de miedo, y solo podía llorar desesperadamente.

-¡Mamá... ¡Mamá! ...

Su madre, que había salido a buscarla, porque tardaba mucho, la halló al fin, y se desesperó también con su gamita que estaba ciega. La llevó paso a paso hasta su cubil, con la cabeza de su hija recostada en su pescuezo, y los bichos del monte que encontraban en el camino, se acercaban todos a mirar los ojos de la infeliz gamita.

La madre no sabía qué hacer. ¿Qué remedios podía hacerle ella? Ella sabía bien que en el pueblo que estaba del otro lado del monte vivía un hombre que tenía remedios. El hombre era cazador, y cazaba también venados, pero era un hombre bueno.

La madre tenía miedo, sin embargo, de llevar a su hija a un hombre que cazaba gamas. Como estaba desesperada se decidió a hacerlo. Pero antes quiso ir a pedir una carta de recomendación al Oso Hormiguero, que era gran amigo del hombre.

Salió, después de dejar a la gamita bien oculta, y atravesó corriendo el monte, donde el tigre casi la alcanza. Cuando llegó a la guarida de su amigo, no podía dar un paso más del cansancio.

Este amigo era, como se ha dicho, un oso hormiguero; pero era de una especie pequeña, cuyos individuos tienen un color amarillo, y por encima del color amarillo una especie de camiseta negra sujeta por dos cintas que pasan por encima de los hombros. Tienen también la cola prensil, porque viven siempre en los árboles, y se cuelgan de la cola.

¿De dónde provenía la amistad estrecha entre el Oso Hormiguero y el cazador? Nadie los sabía en el monte; pero alguna vez ha de llegar el motivo a nuestros oídos.

-¡Tan! ¡Tan! ¡Tan! -llamó jadeante.

-¿Quién es?-respondió el Oso Hormiguero.

-¡Soy yo, la gama!

-¡Ah, bueno! ¿Qué quiere la gama?

-Vengo a pedirle una tarjeta de recomendación para el cazador. La gamita, mi hija, está ciega.

-¿Ah, la gamita?-le respondió el Oso Hormiguero-. Es una buena persona. Si es por ella, sí le doy lo que quiere. Pero no necesita nada escrito...Muéstrole esto, y la atenderá. Y con el extremo de la cola, el oso hormiguero le extendió a la gama una cabeza seca de víbora, completamente seca, que tenía aún los colmillos venenosos.

-Muéstrole esto-dijo aún el comedor de hormigas-. No se precisa más.

-¡Gracias, Oso Hormiguero!-respondió contenta la gama-. Usted también es una buena persona.

Y salió corriendo, porque era muy tarde y pronto iba a amanecer.

Al pasar por su cubil recogió a su hija, que se quejaba siempre, y juntas llegaron por fin al pueblo, donde tuvieron que caminar muy despacio y arrimarse a las paredes, para que los perros no las sintieran. Ya estaban ante la puerta del cazador.

-¡Tan! ¡Tan! ¡Tan!-golpearon.

-¿Qué hay?-respondió una voz de hombre, desde adentro.

-¡Somos las gamas!... ¡Tenemos la cabeza de víbora!

La madre se apuró a decir esto, para que el hombre supiera bien que ellas eran amigas del Oso Hormiguero.

-¡Ah, ah!-dijo el hombre, abriendo la puerta-. ¿Qué pasa?

Venimos para que cure a mi hija, la gamita, que está ciega.

-¡Hum!...Vamos a ver que tiene esta señorita-dijo el cazador. Y volviendo a entrar en la casa, salió de nuevo con una sillita alta, e hizo sentar en ella a la gamita para poderle ver bien los ojos sin agacharse mucho. Le examinó así los ojos, bien de cerca con un vidrio redondo muy grande, mientras la mamá alumbraba con el farol de viento colgando de su cuello.

-Esto no es gran cosa-dijo por fin el cazador, ayudando a bajar a la gamita-. Pero hay que tener mucha paciencia. Póngale esta pomada en los ojos todas las noches, y téngala veinte días en la oscuridad. Después póngale estos lentes amarillos, y se curará.

-¡Muchas gracias, cazador!- respondió la madre, muy contenta y agradecida-. ¿Cuánto le debo?

-No es nada-respondió sonriendo el cazador-. Pero tenga mucho cuidado con los perros, porque en la otra cuadra vive precisamente un hombre que tiene perros para seguir el rastro de los venados.

Las gamas tuvieron gran miedo; apenas pisaban, y se detenían a cada momento. Y con todo, los perros las olfatearon y las corrieron media legua dentro del monte. Corrían por una picada muy ancha, y delante la gamita iba balando.

Tal como lo dijo el cazador se efectuó la curación. Pero solo la gama supo cuánto le costó tener encerrada a la gamita en el hueco de un gran árbol, durante veinte días interminables. Adentro no se veía nada. Por fin una mañana la madre apartó con la

cabeza el gran montón de ramas que había arrimado al hueco del árbol para que no entrara luz, y la gamita con sus lentes amarillos, salió corriendo y gritando:

-¡Veo, mamá! ¡Ya veo todo!

Y la gama, recostando la cabeza en una rama, lloraba también de alegría, al ver curada a su gamita.

Y se curó del todo; Pero aunque curada, y sana y contenta, la gamita tenía un secreto que la entristecía. Y el secreto era éste: ella quería a toda costa pagarle al hombre que tan bueno había sido con ella, y no sabía cómo.

Hasta que un día creyó haber encontrado el medio. Se puso a recorrer la orilla de las lagunas y bañados, buscando plumas de garza para llevarle al cazador. El cazador, por su parte, se acordaba a veces de aquella gamita ciega que él había curado.

Y una noche de lluvia estaba el hombre leyendo en su cuarto muy contento porque acababa de componer el techo de paja, que ahora no se llovía más; estaba leyendo cuando oyó que llamaban. Abrió la puerta, y vio a la gamita que le traía un atadito, un plumerito todo mojado de plumas de garza.

El cazador se puso a reír, y la gamita, avergonzada porque creía que el cazador se reía de su pobre regalo, se fue muy triste. Buscó entonces plumas muy grandes, bien secas y limpias, y una semana después volvió con ellas; y esta vez el hombre, que se había reído la vez anterior de cariño, no se rió esta vez porque la gamita no comprendía la risa. Pero en cambio le regaló un tubo de tacuara lleno de miel, que la gamita tomó loca de contenta. Desde entonces la gamita y el cazador fueron grandes amigos. Ella se empeñaba siempre en llevarle plumas de garza que valen mucho dinero, y se quedaba horas charlando con el hombre. El ponía siempre en la mesa un jarro enlozado lleno de miel, y arrimaba la sillita alta para su amiga. A veces le daba también cigarros que las gamas comen con gran gusto, y no les hacen mal. Pasaban así el tiempo, mirando la llama, porque el hombre tenía una estufa de leña mientras afuera el viento y la lluvia sacudían el alero de paja del rancho.

Por temor a los perros, la gamita no iba sino en las noches de tormenta. Y cuando caía la tarde y empezaba a llover, el cazador colocaba en la mesa el jarrito con miel y la servilleta, mientras él tomaba café y leía, esperando en la puerta el ¡tan-tan! Bien conocido de su amiga la gamita.

FIN

FUENTE: www.pioix.edu.ar